

## PASTORAL COLECTIVA (1949)

Los Arzobispos, Obispos, Vicarios y Prefectos Apostólicos de Colombia, al venerable clero secular y regular y a los fieles de nuestras respectivas jurisdicciones, salud y bendición en el Señor.

Muchos siglos hace que los Vicarios de Cristo en la tierra, deseosos de promover una completa reconciliación con Dios Nuestro Señor, que no sólo provenga de la restauración integral de la vida cristiana, sino también de la extinción total de la pena temporal debida por los pecados, de época a época han venido concediendo un jubileo o indulgencia plenaria que pueda ganarse mediante la recepción de los sacramentos de confesión y comunión y con la práctica de algunos ejercicios piadosos, cualquier día del año jubilar llamado por ello Año Santo.

Poco hace resonó en el mundo entero la voz del Jefe Supremo de la cristiandad para anunciar al orbe católico la próxima celebración de un nuevo Año Santo. Y aun cuando todas las enseñanzas que de Roma parten en cualquier tiempo llegan oportunas, rara vez un anuncio como éste fue más luminoso, ni una invitación más consoladora.

Nosotros, los Pastores de la Iglesia Colombiana, queremos que esta consolación y esta luz sean vuestras, amadísimos hijos; ya tal deseo se debe el que os dirijamos la presente Carta Pastoral.

Sólo el pensar en un Año Santo basta, en el momento presente del mundo y de la patria, para que en el corazón nazca la esperanza y el espíritu se eleve a mundos superiores de serenidad y de grandeza, distintos de lo que a diario contemplan nuestras pupilas. Porque han precedido muchos años que santos no fueron. ¡Y hemos tenido los hombres que sufrir tanto en ellos!

El mundo, herido de muerte por dos guerras nefandas, gime desesperado ante la perspectiva de otra; y su gemir es odio, es sangre, es ruinas por todas partes; y hambre, especialmente hambre intensa y ruinas numerosas en las almas. Tocada por ese dolor general, la patria nuestra se contorsiona además con el espasmo de males propios que han copado nuestra capacidad de sufrir y nos han puesto al borde de la demencia con que se toman las más desesperadas soluciones.

En semejantes tremendas circunstancias el Romano Pontífice nos anuncia un Año Santo, nos invita a celebrarlo, y mueve toda la potencialidad sobrenatural y humana de la Iglesia para que tal anuncio se convierta en realidad nuestra. En mitad del sufrimiento hemos suspirado por un día o por una hora siquiera santa, y ahora se nos brinda un año entero. Con todas las ansias del alma entremos en ese movimiento espiritual de la Iglesia para recoger la salvadora oferta.

### RESTAURACION

Porque en la esencia de todo lo humano está el pasar y envejecerse, por eso en todo lo humano se imponen las restauraciones. Así lo pensó Nuestro Señor Jesucristo aun respecto de la vida divina que El nos traía; y no se contentó con dejar un sacramento que la iniciara, sino fundó otros para restaurarla, ya que hasta lo divino, de por sí estable, en poder de los hombres está sometido a pasar y terminarse.

He ahí la gran razón por la cual la Iglesia desde los viejos tiempos del Papa Bonifacio VIII, inspirándose en la costumbre de la sabia legislación judía, hace que de cuando en cuando -ahora ello acontece cada 25 años- dediquen los fieles un año, llamado por eso "santo", a la restauración de su vida de cristianos.

Recordando las palabras de nuestro amado Pontífice: "Deseamos ardientemente que los Obispos de todo el mundo, juntamente con su propio clero, instruyan con toda diligencia a la grey encomendada a su cuidado acerca de todo lo que se relaciona con el gran jubileo próximo" (Bula de Indicción), queremos, amadísimos hijos, exponer de acuerdo con las circunstancias presentes de nuestras diócesis en qué sentido debe verificarse en el Año Santo próximo la deseada restauración entre nosotros. Que una vez conocida ella, sin duda se llevará a cabo, porque en la presente ocasión no somos nosotros solos quienes trabajamos, sino toda la Iglesia en un gigantesco esfuerzo de vitalidad, y el Espíritu Santo mismo que el año venidero estará más que nunca pronto a corroborar con su virtud invencible nuestros esfuerzos.

#### a) Del materialismo al espiritualismo

Queremos comenzar por algo tal vez a primera vista elemental, pero indudablemente necesario: la restauración que debemos llevar a cabo por el paso del materialismo al espiritualismo. Así como el hombre es un compuesto de dos partes, el cuerpo material y el espíritu que lo vivifica, así todo el universo en que estamos sumergidos es composición armónica de materia y de espíritu. Pero así como en el hombre el cuerpo se ve sensiblemente y no el espíritu, así en la creación no son sensiblemente visibles las realidades y los valores espirituales, y por ello pueden ser olvidados. Es lo que le está pasando a nuestra época. Los bienes materiales cuentan y los males materiales son temidos, pero en el buscar los unos y huir de los otros no se tienen presentes los altos intereses del espíritu, aun humanamente considerados, y éstos se sacrifican a los primeros. Tal tendencia materialista, que la simple razón natural rechaza fácilmente, es tanto más nefanda cuanto que en nuestro tiempo hay que tomarla como un fruto del comunismo que la tiene por fundamento y base, o les prepara el camino a las ideas marxistas. Además aplebeya la dignidad humana: cuando el Señor creó al hombre es cierto que lo hizo del barro de la tierra, pero no lo es menos que le infundió un espíritu para que vivificara toda la materia. Reducirlo a pura materia o explicar hasta la sublime espiritualidad del pensamiento como un fruto de la materia es negarle lo más grande que tiene, es ahogar sus aspiraciones infinitas, es obligarlo a que se abraze exclusivamente a la tierra y frenéticamente se la dispute a sus semejantes; para que al final, igualado a los brutos en el vivir, muera como cualquiera de ellos, falto de placeres materiales, o sofocado por la abundancia de los mismos. Y tal concepto de la vida y del hombre debe morir con la restauración que nos trae el Año Santo.

### **b) Del naturalismo al cristianismo**

Pero una visión del hombre y de la vida que tan sólo se limite a admitir realidades materiales y espirituales tampoco es completa, y está necesitada aún de una trascendental restauración. Por encima del mundo natural, compuesto él de materia y de espíritu, la revelación cristiana nos enseña la existencia del mundo sobrenatural. Hay que realizar una segunda restauración del naturalismo reinante aun perfecto cristianismo. Fuera de las verdades que la razón natural nos dicta, nosotros tenemos las verdades superiores de la fe que Nuestro Señor Jesucristo nos reveló; a más de los principios morales de la ética natural están las leyes positivas que plugo a Dios hacernos conocer por su autoridad. Guardada en el fondo de nuestra alma y de nuestro cuerpo, como en un cofre, está la vida sobrenatural con que Dios elevó a extremo inconcebible de grandeza nuestra dignidad natural. Por encima de las fuerzas escondidas en la voluntad y en el entendimiento humanos existen fuerzas divinas puestas a nuestro alcance en los misteriosos ritos de los sacramentos. El fin a que nos dirigimos no es una felicidad natural, sino la misma felicidad de Dios, infinitamente más grande que nosotros, pero de posible adquisición por voluntad del Supremo Señor. En una palabra: por encima del orden natural existe para el individuo y para la sociedad el orden sobrenatural que nos reveló y nos ganó Cristo: y creer en esto y vivirlo, eso es el cristianismo.

Pero una superficial ojeada al mundo y a la patria nos hace comprobar que el orden sobrenatural con sus inapreciables valores cuenta muy poco para el hombre moderno cuando no se llega hasta reducirlos a fórmulas vagas para consolar a los tristes. Este naturalismo destructor directo del cristianismo auténtico queremos, amados hijos, notarlo con claridad, se manifiesta especialmente en la educación que se da a nuestras juventudes, como si fueran sólo hijos de los hombres, sin recordar que son hijos de Dios, y como si para formarlos sólo tuviéramos elementos humanos, sin pensar que existen los medios sobrenaturales de formación; ese naturalismo se hace ver en las relaciones mutuas de los individuos y de las colectividades que se rigen por puras simpatías o conveniencias humanas, sin los preceptos de la caridad cristiana; en las diversiones con que el hombre trata justamente de mitigar las penas acerbadas de la existencia, diversiones tales que, en la mayoría de los casos, sin lograr endulzar la vida humana, destruyen sacrílegamente la vida divina de los cristianos que las buscan; ese naturalismo aparece aun en la manera como a veces se pretende propagar la idea cristiana y defender los mismos valores sobrenaturales, confiando más en los recursos terrenales y apoyos humanos que en las fuerzas y energías ultraterrenas de la oración, de la palabra divina, de los sacramentos, de la estructura sobrenatural de la Iglesia.

El Año Santo que se avecina y los días que nos quedan para prepararnos deben, amados hijos, hacernos abrir los ojos y los oídos a lo sobrenatural en estos aspectos, para que la vida se oriente en consecuencia, y sin olvidar que somos ciudadanos de la tierra tengamos presente que, como hijos de Dios, somos primero ciudadanos del cielo y herederos de la gloria.

### **c) Del cristianismo laico al cristianismo jerárquico**

La restauración que el Año Santo ha de traernos puede y debe dar aún un paso más. Hemos observado con gran dolor que en algunos sectores de nuestra patria, católica en su totalidad moral, existe, tal vez como eco de movimientos internacionales, la tendencia a profesar un cristianismo o un catolicismo que podríamos llamar laico, por cuanto en la práctica prescinde de la jerarquía eclesiástica de Obispos y Sacerdotes, cuando abiertamente no la desprecia. Y porque este error sería tanto más nefando cuanto que, conservando el nombre y hasta las creencias de catolicismo, engañaría a muchos, queremos, llevados por el amor a vuestras almas, pedirlos que en la restauración que buscamos a él tendáis particularmente.

Cristo sí, pero Sacerdotes y Obispos no, es en la práctica el lema de tal movimiento; misa y sacramentos sí, pero no enseñanzas episcopales ni pontificias; cielo y esperanzas eternas sí, pero no preceptos de la Iglesia.

Y cuando explícitamente no se proclaman semejantes tesis, entonces por lo menos tampoco se mira a la jerarquía eclesiástica a la luz de la fe; ni, por consiguiente, se le guarda el respeto que se le debe; cualquiera se cree juez para calificar sus actos o indicarle el alcance de su misión y la manera de cumplirla, llegando hasta el extremo de pretender que las palabras episcopales o pontificias no sean sino en el sentido que las apruebe cualquier criterio humano de individuo o de partido, invirtiendo así totalmente el orden que Cristo estableció entre Iglesia docente y discente. A este respecto meses hace que circulan en nuestras ciudades y campos folletos abominables e indignos, de origen extranjero y nacional que, a base de mentira y calumnia, tratan de arrojar en forma irresponsable todo el baldón que pueden a la sagrada jerarquía, desde el Romano Pontífice hasta el último de los sacerdotes; folletos que ninguno de nuestros fieles debe tener en su mano sino para destruirlos con todo el orgullo del cristiano que ve atacado el nervio mismo de su religión sagrada.

Nosotros, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia Colombiana, lamentamos hondamente el que en algunos de nuestros fieles haya llegado el catolicismo a tal deformación; y con toda nuestra autoridad de Pastores, a la vez que con el cariño de padres, queremos recordarles que, por expresa voluntad de Cristo, sin jerarquía eclesiástica no hay cristianismo; que quien obedece a la jerarquía eclesiástica obedece a Cristo mismo; y que los fieles, lejos de corresponderles juzgar a sus superiores jerárquicos, sólo tienen el deber de oírlos con fe, y con sumisión obedecerles. Por esto, movidos solamente por el cuidado premuroso que empuja nuestros corazones hacia el mayor bien de las almas que nos fueron encomendadas, pedimos ardentemente a Dios que las gracias espirituales del próximo año jubilar realicen en Colombia, a más de las otras restauraciones, ésta, que consistiría en pasar de cierto catolicismo un tanto laico y equivocado al auténtico catolicismo jerárquico de la Iglesia de Cristo.

LA PAZ

Llevada a cabo esta restauración, el Año Santo dará al mundo y a la patria el don divino de la paz, que es fruto de la justicia y premio a las gentes de buena voluntad. Paz de las conciencias con Dios, ante todo. A esto van encaminadas las grandes indulgencias del magno jubileo que estamos por celebrar. El próximo año debe ser de penitencia y de expiación por parte nuestra, para que sea de perdón por parte de Dios.

Tranquilizadas las conciencias y ordenado el interior de los hombres habrá paz en las relaciones de los unos con los otros, paz sostenida por la cristiana caridad. Este fruto del Año Santo no hay quién no vea cómo es de necesario en nuestra tierra, despedazada por pasiones y odios no sólo anticristianos, sino antihumanos; ensangrentada por luchas fratricidas que con el alma adolorida venimos contemplando y a las cuales es urgente y necesario poner fin, porque la violencia, como violación que es de las leyes divinas y humanas, nada construye y todo lo arruina; no produce sino desgracias y dolores; satura la vida de incertidumbres; ahoga en la intranquilidad iniciativas fecundas; anula, debilita o tuerce el rumbo de energías que debieran ser fuente de bienestar individual y colectivo; destruye el sentimiento de fraternidad humana; rebaja la existencia aniquilando los conceptos que le dan nobleza y dignidad; y deja como último resultado la miseria material y moral. Por tanto os exhortamos, amados hijos en el Señor, a deponer odios y cancelar resentimientos y propósitos de venganza; a emprender una cruzada persistente en favor de la paz y la armonía entre todos los ciudadanos; a levantar los ojos al cielo para recordar que hay un Juez Soberano a quien un día habremos de dar cuenta de todas nuestras acciones, a fin de que ese recuerdo en todos mantenga vivo el sentimiento de la responsabilidad que tanto se merma con las deficiencias de la justicia humana, para que ese sentido de responsabilidad ineludible dirija en cada uno los actos de su vida en forma que se haga merecedor no de castigo sino de recompensa eterna.

La capital de la República, en representación de toda ella, acaba de hacer conmovedora súplica y grandioso homenaje a Nuestra Señora de Fátima para pedirle la paz; estamos seguros de que esa Madre, Nuestra Reina y de Colombia, se valdrá del Año Santo para alcanzárnosla más honda y con mayores presagios de estabilidad.

A este propósito nos es especialmente grato, amadísimos hijos, hacer ante vosotros el mismo voto del Romano Pontífice en la Bula de Indicción: “Vuelva finalmente la paz tan deseada a los corazones de todos, dentro de los muros domésticos, en cada una de las naciones y en la universal familia de los pueblos”.

#### A ROMA

Finalmente, creeríamos no haberos hablado convenientemente del Año Santo sin haceros la más ardiente invitación de peregrinar a Roma, ya sea tomando el bastón de peregrinos, ya al menos estando espiritual-mente atentos a las celebraciones romanas del jubileo. Roma, casa “del padre común que con los brazos abiertos nos espera con el mayor cariño”; Roma, símbolo eterno de nuestra Iglesia y de todas sus grandezas; Roma, la que vio caer muda de asombro a los césares para que se levantara la única institución que no morirá nunca; Roma, la tierra regada, más que por el Tíber, por la sangre de nuestros mártires; Roma, la de Pedro y Pablo, consagrada por la sangre de los príncipes; Roma nos espera.

“Ciertamente sabemos, dice el Papa, que los viajes no serán para todos fácilmente realizables, principalmente para los que son pobres o viven en tierras remotas. Pero, si cuando se trata de las necesidades de este mundo muchas veces es tanto el empeño con que se lucha que se consigue superar todas las dificultades, ¿por qué no hemos de esperar que vengan grandes multitudes a la Ciudad Eterna para impetrar los dones celestiales, sin detenerse ante los sacrificios y sin asustarse por las incomodidades?” (De la Bula de Indicción).

Allí a los pies del Pastor Supremo, sobre la tumba de Pedro, ¡qué bien sellada quedará nuestra total restauración! Allí el Palatino derruido nos dirá en qué paran los humanos imperios; las Catacumbas nos mostrarán cómo amaban su fe nuestros hermanos mayores, de quienes somos herederos; las piedras del Coliseo y su arena nos serán testigos de los que es el heroísmo cristiano. Allí las cenizas de los Apóstoles Pedro y Pablo se moverán para clamar amor a Cristo y a la Iglesia, prolongación de Cristo; allí, perdidos en la inmensidad de las basílicas, entre la marea humana de los fieles de todo el mundo, comprenderemos la grandiosidad de nuestra religión, la universalidad de nuestra fe, la divinidad indiscutible de nuestro cristianismo.

Allí Pío XII nos estrechará contra su pecho de padre; nosotros, temblorosos, le besaremos la mano; y no puede ser mezquina la vida de un cristiano que posó una vez sus labios en el anillo de Pedro.

Amadísimos hijos: en el mayor número que os sea posible apresuraos a ganar el jubileo en Roma, pasando por la puerta santa que conduce al cielo. Nuestros comités nacionales y diocesanos pro Año Santo os ayudarán en ello. Y, peregrinos o no, trasformemos todas nuestras vidas con las ubérrimas gracias que el Señor nos prepara en el gran jubileo del Año Santo.

¡Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros!

La presente Pastoral se leerá en todas las iglesias, capillas y oratorios públicos y semipúblicos de nuestras jurisdicciones.

Dada en Bogotá a 3 de octubre de 1949.

+**Ismael**, Arzobispo de Bogotá. + **Joaquín**, Arzobispo de Medellín. +**Diego María**, Arzobispo de Popayán. Por el Arzobispo de Cartagena +**Tulio Botero** Salazar, Obispo Auxiliar. + **Rafael**, Obispo de Nueva Pamplona. +**Pedro María**, Obispo de Ibagué. + **Miguel Angel Builes**, Obispo de Santa Rosa de Osos. +**Crisanto**, Obispo de Tunja. +**Luis Concha**, Obispo de Manizales. +**Antonio José**, Obispo de Jericó. +**Luis Andrade Valderrama**, Obispo de Antioquia. + **Julio Caicedo**, Obispo de Cali. +**Gerardo Martínez**, Obispo de Garzón, +**Angel María**, Obispo de Socorro y San Gil. + **Bernardo**, Obispo de Santa Marta; +**Emilio Botero**, Obispo de Pasto. + **Jesús Antonio**, Obispo de Barranquilla. +

**Emilio de Brigard**, Obispo Auxiliar de Bogotá. +**Luis Pérez Hernández**, Obispo Auxiliar de Bogotá. +**Baltasar Alvarez**, Obispo Auxiliar de Manizales. +**Arturo Duque Villegas**, Obispo Auxiliar de Ibagué. + **Jesús Martínez**, Obispo Auxiliar de Nueva Pamplona. + **Fr. Vicente**, Obispo, Vicario Apostólico de La Guajira. +**Fr. Plácido**, Obispo, Vicario Apostólico del Caquetá. **José María Potier**, Prefecto Apostólico de Arauca. **Francisco Sanz**, Prefecto Apostólico del Chocó. **Marcelino Lardizábal**, Administrador Apostólico del Vicariato de San Jorge. **Luis E. García**, Prefecto Apostólico de Labateca. **Bernardo Arango S.J.**, Prefecto Apostólico del Magdalena. **Gerardo Valencia**, Prefecto Apostólico de Mitú. **Pedro Nel Ramírez**, Prefecto Apostólico de Tumaco. **Fr. Luis Belascoain**, Pro-Vicario Apostólico del Casanare. **David Gómez**, Administrador Apostólico de Tierradentro.